

Ser escritora

Ana García Bergua



HACE POCOS AÑOS FUI A UNA COMALA —hay muchas en nuestro país— a presentar un libro y departir con mis colegas escritores. Ya en confianza frente a unos tequilas, mis colegas, a quienes quiero mucho y no diré quiénes son, me declararon: queremos invitar a nuestra feria del libro de Comala a puras escritoras, pero guapas. En ese momento me sentí muy halagada y olvidé las páginas que había escrito para ese día.

Hay que ser escritora, pero guapa, pensé; si no, parece que una está perdiendo el tiempo. Me pasa cuando me preguntan a qué me dedico: soy escritora, respondo, porque es verdad, de eso medio vivo y eso trato de hacer. Me miran como si presumiera de algo. Luego pienso que no soy tan famosa, eso debe ser. Quizá debería aparecer en la televisión dando recetas de *soufflé* de pollo o consejos de *feng shui*. Desgraciadamente, lo mío tiene más que ver con estantes polvorientos y páginas que en época de lluvias contraen hongos que con cosméticos y dietas. Tiene más que ver con olvidarse de quién es uno y qué es, si hombre, mujer o entelequia. Si un día, después de escribir, me mirara al espejo y encontrara en mi lugar a un gato o a una cucaracha, procedería a lamerme las patas o a rascarme las antenas; no me importaría tanto. Incluso me parecería bien, pues la literatura debe transformarnos de alguna manera. Lo que hago significa pasar sentada muchas horas al día y tomar mucho café, cosas esencialmente poco femeninas y poco saludables; suelo distraerme mucho, olvido lo que me avisaron hace media hora y no sé dónde están

los calcetines de ningún miembro de mi familia. No soy nada mujer: soy caótica, carezco de paciencia para menear el cucharón, me da flojera limpiarme la cara todas las noches y secarme el pelo con secadora. En el fondo, mi alma siempre está leyendo en pijama en el piso junto al librero de la casa, como cuando era niña. A este paso, ya lo sé, me voy a poner arrugadísima. Pero no me da flojera leer todo y tratar de entender, ni pensar o escuchar, o conocer el mundo, o estar con mis amigos, ver buenas películas, hacer con mi familia cosas que no tengan que ver con el papel de mayordomo, pensar y escuchar cosas inteligentes o de pérdida ingeniosas. Finalmente me parecen más importantes, y en teoría la sociedad las tiene como tales. La verdad, nadie le exige a Carlos Fuentes que se depile las cejas. Pero si una es escritora, todavía no puede olvidar que es mujer. Y tiene que ser guapa.

Toda clasificación presupone una idea de utilidad. Así, la idea de clasificar las literaturas en países, por ejemplo, parte de que hay una serie de rasgos que separan e identifican a la literatura mexicana frente a la yugoslava o la francesa, por ejemplo, como el idioma o ciertas características históricas y culturales. Eso permite compararla con otras literaturas o delimitar cierto territorio, ya sea geográfico o temporal, que ayuda a entender esa literatura, aunque sea de modo muy general. Lo que yo quisiera saber es si toda la literatura escrita por nosotras las mujeres pertenece, en efecto, a un mismo territorio, ya sea geográfico o



espiritual. Si hay algo común a todos los libros escritos por mujeres además del hecho de estar escritos por personas con ovarios.

Me cuesta trabajo pensar en sor Juana Inés de la Cruz como una exponente de la literatura femenina del siglo xvii, o en *Frankenstein* como una joya de la literatura femenina del siglo posterior. Tampoco sería sensato hablar de Virginia Woolf como una de las exponentes femeninas del grupo de Bloomsbury. Es difícil encontrar algo que englobe a los sonetos de sor Juana, el *Frankenstein* y el *Orlando*, más allá de que sus tres autoras debieron usar pesadas faldas, vivir tormentas interiores y pasar grandes trabajos para escribir su obra. De cualquier manera estos rasgos no acaban de ser útiles para clasificarlos dentro de un mismo territorio: muchos escritores varones han vivido tormentas interiores y han pasado dificultades para escribir su obra; algunos han arrastrado un pesado faldón monástico o una toga. No negaré los siglos de opresión que nos han impedido a las mujeres ya no se diga escribir, sino elegir cualquier actividad o cualquier vida; a lo que me refiero es a que eso no puede ser el rasgo distintivo de una literatura.

Cuando se habla de literatura femenina, es curioso, más que la literatura escrita por mujeres acude a mi mente aquella que está destinada a las mujeres. En México, todavía en el siglo xix se discutía sobre la utilidad de que las mujeres recibiéramos educación y aprendiéramos a leer. *El semanario de las señoritas mexicanas* de 1841 era una de las publicaciones hechas para que las leyeran dichas señoritas; en él recibían un barniz de literatura o de noticias sobre los avances científicos —lo que llamaríamos “cultura general”— y se enteraban, de paso, de las maneras de aderezar los guisos y comportarse frente a los varones. El que las mujeres leyeran podía ayudar a que aumentaran sus encantos; sin embargo, debía vigilarse qué leían. Ahora bien, desde el *Semanario de las señoritas mexicanas* hasta el actual *Vanidades*, o el *Cosmopolitan*, que entre los tonos de barniz de uñas de la temporada abordan ya las maneras más rápidas de tener orgasmos,

median casi dos siglos en los que las mujeres hemos logrado, además del voto y la pastilla anticonceptiva, recibir educación por ley, entre otras cosas para leer y escribir lo que queramos. Y sin embargo, a ambas publicaciones las sigue emparentando el hecho de estar destinadas a las mujeres. Claro que difícilmente podríamos clasificar al *Vanidades* como literatura. Lo interesante, en este caso, es que las revistas femeninas traen una sección supuestamente literaria destinada a las mujeres, cuyo más conocido modelo son las novelas de Corín Tellado. ¿Cuántas mujeres no consolaron su aburrimiento con *esa* literatura femenina, a la que la tradición ha teñido de rosa?

Hay también una literatura cuya finalidad sería denunciar la opresión a que se somete al género y, por otro lado, revelar el mundo visto desde la perspectiva de la mujer. Es una literatura heredera de *Un cuarto propio*, el libro de Virginia Woolf, o de Simone de Beauvoir, y busca abrir el espacio propio de las mujeres, relegado por la cultura machista. No sé si sería apropiado llamar a estos textos feministas, me imagino que sí, y pienso que aquella literatura es la que se puede llamar femenina con todas sus letras, porque se asume como una literatura escrita desde el país de las mujeres, es decir, desde el territorio que la clasificación de literatura femenina buscaría delimitar. Pero es cierto también que esta prioridad corre el riesgo de hacer a un lado el peso que pueda tener su valor literario. Es notorio ver, por ejemplo, en las convocatorias para los concursos de literatura escrita por mujeres, que aún existe una preferencia por los textos testimoniales o de denuncia. En este sentido, ésta es literatura femenina, por distintas razones, pero se aleja, al igual que la novela rosa, de la literatura. Tampoco hay que olvidar que muchos escritores varones han retratado de manera asombrosamente precisa el mundo femenino, de modo que no es éste propiedad exclusiva de las mujeres, al igual que el mundo masculino no debe serlo de los escritores dotados de gónadas, ni el mundo gay sólo de los gays.

En los años ochenta y noventa surgieron escritoras como Ángeles Mastretta, Isabel Allende o Laura Es-

quivel, que a mi modo de ver reúnen un poco esas tres literaturas femeninas que he descrito sucintamente: se inscriben en la literatura universal, pero dan preponderancia al mundo femenino y también seducen a sus lectoras y lectores con los elementos liberadores de la novela rosa, algunas echando mano de la fantasía y el realismo mágico. ¿Qué sería, de otro modo, *Como agua para chocolate*, sino esta mezcla de folletín, fantasía y afirmación de la feminidad? Dentro de esa literatura femenina hay libros muy buenos y muy malos, mejor o peor escritos. Gracias a ella surgió en los años ochenta y noventa un amplio círculo de lectoras, y es un fenómeno grande e importante cuya existencia no es saludable negar, pero también sería pertinente acotarlo, decir que no todas las mujeres que escriben, escriben esta literatura femenina, que a ratos es un fenómeno mercantil, y decir que esta literatura femenina tan en boga hasta hace poquísimos años tiene también sus autores hombres.

Sin embargo, creo que en fechas recientes ha ido imponiéndose y ganando lectores otra literatura femenina: la de mujeres que hablan de sexo con crudeza, mujeres más agresivas, más inventivas, mujeres que quieren escribir, simplemente, literatura. La lista, tanto de narradoras como de poetas, es larga: entre las narradoras, destacaría quizás a Carmen Boullosa, Bárbara Jacobs, Rosa Beltrán, Anamari Gomís, Fabienne Bradu, Paloma Villegas, Ana Clavel, Mónica Lavín, Cristina Rivera Garza, Adriana Díaz Enciso, Adriana González Mateos o Verónica Murguía, con quien en una ocasión comentaba que, cuando escribo, no me interesa ir ni a la cocina ni a la cama: quiero salir a la calle, al mundo. Ella, que es más valiente, me dijo que prefería escalar el Tíbet. A esta lista yo reincorporaría a una autora consagrada de una generación anterior, como Margo Glantz o Aline Pettersen, y a otras nacidas a partir de los años setenta, como Vivian Abenshushan, Eve Gil o Daniela Tarazona, entre muchas más. Creo que incluso esta literatura ha ayudado a revalorar a muchas autoras del siglo xx un tanto opacadas, por los hombres de su generación y por la idea de una “literatura femenina”:

me refiero a Amparo Dávila, Inés Arredondo, Josefina Vicens y las propias Rosario Castellanos y Elena Garro.

Y así vuelvo al primer párrafo de este texto, al que le perdonarán lo caótico, pues retoma cosas que vengo pensando desde hace tiempo. La pregunta que me hago yo, como escritora, es si se puede aspirar a escribir literatura a secas y ser leída independientemente del sexo. La pregunta parece simple, pero es muy seria porque apela a la individualidad como un derecho. A nadie se le ocurre juntar a Beckett con Balzac como destacados exponentes de la literatura masculina, por poner dos ejemplos con v: la literatura de cada uno, y aquí volvemos a las delimitaciones, marca un territorio propio e irremplazable. Sin embargo, apelar a la individualidad de una escritora no es tan fácil: por un lado existe, es innegable, un público de lectoras que espera cierta complicidad de género, cierto escándalo o transgresiones a modo para complacer de manera políticamente correcta; por otro lado, en muchas publicaciones literarias y no literarias, cuando se habla de una corriente o una generación de escritores, se menciona a la mayoría varonil y se añade por buenas y por malas razones una o dos mujeres, como cuando en las películas estadounidenses se incluye invariablemente a un negro como jefe de la policía. Y si son guapas, mejor.

Pero aun así tengo confianza en que se está gestando un nuevo universo de lectores que acogerá una obra, del género que sea su autor o autora, cuando ésta se afirme entre los libros como un universo único, sorprendente y abismal, como Virginia Woolf, como sor Juana Inés de la Cruz, como las hermanas Brontë, Inés Arredondo o Carson McCullers. Como tantas escritoras que hacen y han hecho literatura a secas como individuos, que han sido individuos en un mundo en el que, hasta hace poco, no se acostumbraba que las mujeres lo fueran. Parafraseando a Héctor Manjarrez, no todas las mujeres son románticas, y también hay hombres cursis que no salen ni de la cocina, ni de la cama. 

